

El ideal social y moral de Goethe, a cuya realización debe preparar su sistema de educación, es Fausto quien lo formula al final de su gran poema dramático. "Vivir en un país libre entre hombres libres". Aquí Goethe se sitúa notablemente por encima de su tiempo y aun por encima de la Alemania actual. En cambio está cerca del espíritu y del corazón de todos aquellos que, aunque sinceramente apegados a un país, no desesperan de obtener algún día la sociedad cosmopolita en que soñaba Goethe al final de su vida.

(*La Revue Pédagogique*. París).

## Discurso del Doctor Gregorio Marañón

En el Acto Académico realizado recientemente en su honor por el Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social de Montevideo, Uruguay.

### MI VIDA ES AMOR A ESPAÑA

NO atino, amigos míos, con la palabra o con el gesto eficaz para transmitirlo la realidad desnuda de mi agradecimiento. Se lo que significa vuestra bondad; quisiera que supieseis, también, el sentido de mi gratitud. Desde que recibí el telegrama de vuestro Ministro de Salud Pública hasta hoy en que, en esta solemnidad, me rodean, a su lado, tantos rostros amigos, he tenido la sensación inequívoca de que vuestros brazos abiertos eran el símbolo lleno de delicadas veladuras de vuestra comprensión, nada más que de esto, de vuestra comprensión, elevada y sin partidismos, ante el drama terrible y fecundo de España. Si la invitación vuestra se hubiera dirigido a un amigo, ni el doctor Mussio Fournier me la hubiera hecho ni yo hubiera dejado para venir a decirlo todo esto, aquello de lo que nunca se desprenden los hombres más que en momentos solemnes de su vida: de su propio corazón. Pero sé que la amistad de mi ilustre colega vibró hacia mí, precisamente, porque sabía que, al margen de lo que se llaman ideas, mi vida entera es amor a España, servicio de España, sacrificio por España, mi vida que no son sólo aciertos sino también profundos errores; pero amasados siempre con el mismo fermento de fervor nacional. Y sabía también que mi amor a España no es simple apego al terruño sino emoción racial, sentido de responsabilidad común—la vuestra de raza orientada hacia el futuro y la nuestra, cargada de tra-

dición;—y fe en el destino de los pueblos que están unidos por el lazo solemne del Verbo.

### VUESTRA TEMPLADA CORDIALIDAD

Por todo ello me habéis acogido con esta templada cordialidad familiar, de fuego que arde en la chimenea del cuarto preferido; que apenas nos acoge, nos llena ya de todas las intimidades y nos alivia de todos los recuerdos. Yo sabía de vuestra bondad, de vuestra gracia para saber ser buenos, que es la etapa última y más fácil de la bondad.

Lo sabía por vuestra fama; pero también, directamente, por los muchachos uruguayos que la suerte ha puesto cerca de mi camino. Permitidme que recuerde ante todos, a aquel doctor Mussio Fournier, amigo fraternal de los años mozos que no pensaba en ser Ministro o que si lo pensaba no lo quería decir. Bastaron unos días de vida común para que echara sus raíces esta amistad que el destino ha permitido que él, sin duda porque lo merece más que yo, haya podido demostrarme con tanta efusión y con tanta delicadeza. Era ya entonces estudiante de todo lo que su curiosidad le sugería en su incesante ir y venir por los centros científicos de Europa: lleno de ímpetu ante los problemas nuevos y, a la vez, de mesurada crítica. Alma, desde que fué estudiante, de maestro. Le ví alejarse de entre nosotros como un barco, con las velas infladas, que ha puesto la proa segura hacia la fama. Pero hasta que se fué no me di cuenta—porque eso sólo se conoce en la estela que el hombre deja cuando ha desaparecido—de que aun mayor que su precoz maestría era su bondad; bondad llena de dimensiones insospechadas, como todas las virtudes que no son estrictamente individuales, sino parte de las virtudes de los pueblos. En la bondad de Mussio Fournier aprendí, por vez primera la bondad del alma uruguaya; todo lo que tiene de noble, de fundamentalmente aristócrata. Y no fué sólo predilección de mi espíritu, paralelo al suyo en la edad y en las aficiones que por entonces eran un tanto atrevidas y tenían muy poco ambiente. En todas partes, ha dejado el mismo rastro de admiración y de buen amor, puedo decirlo que hace muy pocos días, cuando me despedía de mis amigos de París, en hospitales, en laboratorios, en academias, no hubo ni un solo adiós que no viniese acompañado del recuerdo para el antiguo estudiante uruguayo que hoy al cabo de los años sigue siendo actual en la memoria y en la estimación de todos, tanto por la madurez fecunda de su obra como por el pasado imborrable de su bondad.

Aún tengo que pedir al amigo de siempre que sea embajador ante los demás miembros de este Gobierno, ante su ilustre Presidente, de la profunda gratitud que hoy me llena el corazón.

### EL CIELO EN EL POZO

Unas palabras para don Carlos Reyles. ¡Con cuánta alegría pongo ante su nombre este *Don* sonoro que precede, no como una fórmula, sino

como un título a nuestros más insignes hablistas castellanos! Su categoría cimera le ponía al margen de todo protocolo. Cuando un hombre está tan alto en la categoría intelectual, bástale un gesto amistoso, desde su retiro, desde la soledad —“su fiel compañera”—para dejar investido de las tres estrellas de la jerarquía a este admirador remoto que, como tantos otros españoles, bebió una de las fuentes radicales del iberismo, el alma de Sevilla, filtrada a través de su criolla sensibilidad.

Fenómeno extraño el de este descubrimiento de una faceta hispánica fundamental; buceada por centenares de escritores, desde que Andalucía adquiere, a comienzos del siglo XIX, un alma propia; y siempre sin éxito. Hasta que desembarcó en la ribera del Guadalquivir este hombre, nostálgico de la Pampa y sediento de universalidad, que estaba en el secreto de que al alma de las cosas sólo se llega, no cuando se mira hacia afuera sino volviéndose hacia su propia alma, lo más hondo posible; como cuando se mira al fondo de un pozo para ver en su espejo reducido y lejano, no el cielo entero, que es de todos, sino el pedazo de cielo con el que nuestra alma comunica.

Un español está demasiado cerca de Sevilla para poderla ver. Al extranjero le subyuga de tal modo la superficie rutilante de la insigne ciudad que se queda prendido en la epidermis barroca y cree que debajo no hay nada más. Para perforar esa superficie y llegar ingravido, a través de lo pintoresco hasta el subsuelo jugoso donde se esconde el alma, tímida y trémula, de Andalucía, era necesario que viniera de las orillas del Plata este espíritu, desnudo de puro fino, con el alma abierta a todos los ecos ancestrales de la raza, y a la vez, con toda la eficacia adolescente e impulsiva de su patria natal.

#### AÑEJA DEUDA DE GRATITUD

No son gratitudes protocolares; sino alivio que me exige mi propio corazón al nombrar a unos más entre tantos amigos de este país ejemplar. A vuestro Ministro en España, don Daniel Castellanos, docto traductor del alma griega, con el que he soñado en el Uruguay mientras corríamos juntos por los campos andaluces. De repente él me decía: esto es como mi país. Ahora le digo yo devolviéndole su misma emoción: esto es como mi España. A vuestro representante en París, don Alberto Mañé, ejemplo de bondad y de inteligencia, maestro de todas las delicadezas; de aquellas impregnadas de hondo sentimiento humano y no de falaz cortesanía; es decir, de las que no se olvidan jamás. Y ya aquí, al ilustre Decano de vuestra ejemplar Facultad de Medicina, el profesor Scremini, en cuya venerable autoridad, hecha de madurez y de energía, saludo a todos los colegas uruguayos que para cada uno de ellos guardo motivos de particular reconocimiento. Para todos; porque si ahora vino del Uruguay la primera voz que se interesó por mi suerte, hace diez años que salió también de aquí

cuando yo estaba encarcelado por la dictadura, una petición que firmaron todos los colegas de Montevideo, pidiendo mi libertad.

Ya véis los que no lo sabíais, si es añeja la deuda de mi gratitud.

Dejadme ahora que me dirija a los hombres de la generación que subsigue a la mía, porque son una suerte de continuidad entrañable de la nuestra y en cierto sentido continuadores, correctores y, por fortuna, superadores indiscutibles de nuestra obra.

#### EL DIA DE LA VERDAD

Esta generación llena de nobles entusiasmos e inquietudes comparables siempre, eso sí, con un respeto ejemplar a las normas eternas, ha dado al Uruguay días de gloria científica, que no serán, de ningún modo, los últimos. Muchos de esos hombres gozan ya del respeto universal. Unos trabajan en Europa para el bien futuro de su patria, como aquel doctor Sáenz, al que veíamos a diario, doblado afanosamente sobre las mesas patinadas de gloria del Instituto Pasteur y cuyo reciente libro me ha servido de insuperable compañero en mi viaje. Otros, terminada ya su fecunda peregrinación exótica, trabajan en su país. Para no nombrarlos a todos pronunciaré tan sólo el nombre de Collazo, el amigo además de tantos años de vida común en nuestra España. Tiene Collazo, bajo su costra densa y eficaz de hombre moderno, de servidor de las técnicas, de espíritu abierto a todos los signos de la universalidad, un alma recóndita e iluminada, fuerte de fortaleza popular; de gran gaucho; que parece lo más peculiar; y lo es; pero por eso mismo, es también lo que está más cerca de lo eterno. Collazo ha hecho ya una gran obra en España. Ha puesto la mecha encendida de su entusiasmo a muchos investigadores españoles que yo sé con cuanto amor le recuerdan. Y además, con generosidad incansable, de cada minuto, de todos los minutos de cada día ha ido llenando nuestros corazones de amor a la América Latina y a su madre, el Uruguay, cuyo recuerdo vibraba como una llama perenne en cada uno de los aspectos de su incansable actividad. El me conoce bien y por eso no ignora lo que un español guarda debajo de su reserva. Creo que nunca le dije: gracias. Pero él sabía que el castellano cuenta siempre con el día de la verdad; en este mundo o en el otro que para nosotros es igual.

#### LA ALMOHADA DE DON QUIJOTE

Y este día solemne lleno de resonancias, como nunca lo hubiéramos sospechado si lo hubiéramos querido preparar, ha llegado ya. Es hoy. Y me basta, y a él también, mirarle y decirle—mi vieja deuda:—gracias. Y después de trabajar de nuevo, a encontrarnos otra vez, a separarnos quizás. Pero a dormir siempre, sin decírnoslo, sobre la misma almohada, que es aquella en que apoyaba Don Quijote su cráneo descarnado

por las quimeras. Una piedra dura que a él y a nosotros se nos antojó cojín de plumas delicadas. Y que estaba olvidada, bajo las aspas de un molino de viento, según se va hacia las lagunas de Ruidera.

### EL MATERIALISMO PURIFICADO

Y ahora, amigos míos, entra en escena forzado por las circunstancias, con su emoción redoblada, el último actor de la ceremonia de hoy: el que os está hablando. No temáis que aluda a la política. Es un signo que me persigue. Los que me conocen, entre los que me están escuchando, no necesitan que se lo advierta porque de política, en su sentido estricto, jamás he hablado una palabra, no he escrito una línea jamás. He creído, es cierto, que nadie debe ser ajeno al dolor que nos rodea; que nadie tiene derecho a tapar sus oídos y rehusar sus manos al gesto de sufrir que en el rostro crudo de la tragedia callejera o bajo el antifaz del orden encontramos al pasar. Y de un modo especial he entendido que esta obligación debe urgir al hombre de ciencia y principalmente al biólogo. No nos equivocamos, estad ciertos de ello, al suscribir con toda efusión el pensamiento que, con tanta elocuencia, ha desarrollado nuestro Ministro, de que el mundo futuro se organizará sobre las bases de la Biología. En la Biología el criterio materialista se ha purificado al contacto del ser vivo. Y, a su vez, la necesaria y fecunda creencia en el más allá no es, para el biólogo, puro misticismo sino aspiración de lo material, gesto del corazón hacia lo alto, mientras las manos se tienden, pertrechadas de técnica hacia el dolor.

### LO QUE ES POLITICA

Pero nada de esto es política. Política es adoptar un credo y serle fiel, por lo menos hasta que el jefe lo mande. No puede, por lo tanto, ser político quien tenga el compromiso—el que yo tengo—de ser a toda costa leal con su propia conciencia. Es esta santa rebeldía del alma contra la tremenda inquisición del compromiso externo, la que yo quisiera conservar a trueque de todas las posibles amarguras: la que yo aspiraría a inculcar en el espíritu de los que quisieran oír mi voz.

Una vez he dicho que pocas cosas me horrorizan como la idea de que muchos mártires, de todas las causas, han muerto por su fe, cuando ya la habían perdido; obligados a mantener el equívoco de que aun la profesaban; obligados a dar su vida por una idea, que ellos sabían que estaba vacía ya. En realidad, esos mártires se inmolaron al mito de la fidelidad de las ideas; sin pensar que esta fidelidad supone muchas veces, una traición a la conducta. De esos mártires que tuvieron que sufrir la tortura del verdugo y además la de su desilusión, está lleno el mundo actual. Pero yo no quiero ser uno más.

El que defiende una idea puede equivocarse. Es el juego de la política. El que es fiel a una conduc-

ta, a través de las ideas, podrá ser alabado o perseguido, pero no se equivoca jamás.

### “LA NORMA DESPUES DEL HECHO”

La política nunca ha tenido que ver—más por sobra de técnica que por falta de ética—con la conducta. Es más, ser político es crear la conducta con arreglo a la realidad. “La norma después del hecho”, como ha proclamado uno de los jefes arquetipos de nuestro tiempo. Pero para el hombre no político, el dogma consiste en ajustar los hechos y las ideas a las pautas previas de la conducta.

Y la diferencia es aún más honda. El hombre antipolítico no puede irritarse jamás con el que no piensa como él y menos perseguirle, aunque éste le persiga. Puede discutirle, es una obligación hacerlo. Nunca nunca tirarle a la cabeza las piedras del arroyo. Un poco por malicia porque con esas piedras lanzadas sobre el enemigo, se construye luego el pedestal de sus estatuas. Pero, sobre todo, por comprensión. Porque el que es fiel a su conducta, está, por ello mismo, obligado a respetar, sea lo que fuera, la conducta de los demás. A esto se llamó, en los años ilusionados del siglo XVIII ser liberal. Después la humanidad ha llamado liberal a tantas cosas, y a algunas tan repugnantes, que más vale que dejemos para siempre el nombre en la vitrina de un museo arqueológico.

Nada de política, pues. Nada tampoco de polémica. Estoy aquí con la curiosidad abierta a todas las cosas. Sediento de aprender. Nada más. Los que me conocen saben que en mí es una máxima el que enseñar a los otros sirve para aprender uno mismo. A esto, oyéndoos como hablandoos, he venido yo.

### ESPEJO DE MIL PLANOS

¡Las conferencias! Creo que si se celebrase un concurso en el que se juzgase al conferenciante por el número y no por la calidad de sus disertaciones podría presentarme con muchas probabilidades de ganar. No hablo, por lo tanto, de memoria. Y os digo, que si una conferencia es algo, es sólo un acto de amistad; un diálogo—forma suprema de la amistad—en el que habla en alto uno de los interlocutores; y el otro, que es el público, como tiene centenares de bocas, no le responde para no ahogarle la voz, hasta que se han separado. He dado muchas conferencias; pero también he oído muchas. Y estoy persuadido de que el comentario que se recoge al salir; el que luego se continúa en el hogar; el que perdura, si el conferenciante logró agitar el alma de sus interlocutores—y no oyentes—es parte esencial de la conferencia misma. Si el conferenciante tiene tan sólo oyentes su tiempo se ha perdido. Yo no aspiro nunca a tener oyentes sino pensantes que me escuchen, es decir, interlocutores que en su mente dialoguen, que reaccionen y que se encrespen.

Y sólo entonces es cuando se puede aspirar a haber sido eficaz.

Por eso no me acojáis como a otros conferenciantes. Yo no vengo a dar conferencias a Monte-

video. Vengo a hablar con vosotros, a veros vivir. Tenéis vuestra sensibilidad curtida en todas las ideas. Vuestra cultura, que conozco bien, os pone al cubierto de las emboscadas de la novedad o de esas manufacturas que fraudulentamente se quieren a veces hacer pasar por novedad verdadera. Nada tengo que enseñar a uno solo de vosotros. Al salir de aquí, no aspiro a llevar al hombro el saco vaciado de algunas cosas de valor perecedero que repartiera entre mis oyentes; sino a llevarlo colmado de sugerencias nuevas; de todos los reflejos de vuestra alma colectiva, propicia o adversa, que, como un espejo de mil planos, proyectais mientras yo hablo sobre mí.

#### ESPAÑA EMPIEZA A AMANECER

Y para terminar, oid esto que os dice un hombre que ha venido hasta vosotros no cara al viento del navío, sino sentado en la popa, lo más allá que podía sin caerse al mar mirando hacia la España que quedaba detrás. No os asusten las ruinas humeantes ni los huesos que se calcinarán al sol, en el verano nuevo. Allí, debajo de todo aquello, que llena de dolor la página de hoy de nuestra historia, late con formidable energía el alma eterna de España; esa alma hecha de una eficacia tan dura que mira cara a cara a la muerte con una sonrisa casi sensual; y que con prodigioso tino busca en la muerte misma la raíz de la vida nueva.

Renán decía que en los pueblos había horas tristes; jamás horas infecundas. Nadie puede comprender el sentido de estas palabras como un español de mi edad y de mi pasión. Fausto soñó con una juventud nueva, sin perder su alma la experiencia de la vida anterior. Yo os aseguro que, como Fausto, me siento ingrátido, como si acabase de nuevo de nacer, sin ataduras materiales para la vida nueva; pero con el sedimento de ese pasado, que nos parece como de otra vida; y que sin embargo, sigue germinando en mí su humanismo eterno.

Sin rencor, sin violencia pero sin titubeos, os digo que España empieza a amanecer; que en aquella tristeza, en efecto, se está gestando una aurora que sólo fructificará para los que creyeron en ella cuando era todavía oscuridad.

#### LA JERARQUÍA DE LA ESPECIE

Nunca he sentido la insuficiencia de mis medios de expresión como en este momento, amigos míos. No echo de menos la elocuencia, maravillosa flor fugitiva, que por grande que fuese no alcanzaría a servir de expresión a mis emociones de ahora. Me contento con un gesto sencillo y profundo, el de tenderos esta mano humana, símbolo de la jerarquía de la especie, para estrechar la vuestra, en ese gesto mil veces cotidiano que yo no realizo nunca sin un cierto misticismo. Estrechar la mano de un semejante: acto de jerarquía infinitamente superior a la del abrazo, cuyo impulso es el instinto y no el pensamiento. Sólo el hombre, aunque no suele darse cuenta de ello,

es capaz de este gesto, símbolo vivo, en el que los dedos que otras veces se crispan para crear o que se extienden para bendecir, se doblan ahora noblemente como si se arrodillasen, para recibir, los diez juntos, la comunión de la amistad.

## Dos Libros de Mariano Azuela

Por MANUEL PEDRO GONZALEZ

ENTRE los libros más interesantes que "Ercilla" nos ha dado hasta ahora, hay que anotar los titulados *Pedro Moreno, el insurgente* y *Precursores*, ambos por el doctor Mariano Azuela y aparecidos en 1935. Después de las novelas del ciclo revolucionario (1910-1920) que lo hicieron famoso, el doctor Azuela nos traslada en estos dos libros a los otros dos grandes períodos constructivos de la historia de México; el de la Independencia y el de las guerras de la Reforma y la lucha contra el invasor austro-francés. En *Pedro Moreno* nos da una visión episódica, pero en extremo luminosa y bella de la gesta libertadora; en *Precursores*, en tanto, recoge tres relatos independientes, pero en cierta manera relacionados por la unidad temática y cronológica, ya que los tres se refieren al turbulento período de 1850-1865 y a caracteres muy similares que sólo las circunstancias en que actúan los diferencian. El título bajo el cual se cobijan estas tres narraciones, se nos antoja que encierra una dolorosa ironía, como luego veremos.

Como ya se dijo, en *Pedro Moreno* nos ofrece el doctor Azuela un episodio de las luchas por la independencia, reciamente dramatizado. "Biografía novelada" subtítulo el autor esta fuerte narración. A describir las actividades revolucionarias de este héroe insurgente y las de sus parientes y amigos, se reduce, pues, el marco de este cuadro histórico novelesco; pero en él encontramos un magistral resumen de la heroica gesta libertaria. Por sus páginas vemos desfilar la homérica figura del general Mina, que no logra, sin embargo, eclipsar las más modestas pero igualmente abnegadas de don Pedro y sus hombres.

El libro se abre con unos sobrios capítulos descriptivos que nos ponen en contacto con el ambiente pueblerino, dentro del cual se mueven los futuros héroes. Asistimos aquí a la gestación del ideal emancipador y a los primeros brotes revolucionarios en la región. Con pinceladas maestras, dibuja el doctor Azuela los personajes y personajillos de este ambiente que luego prestigiarán la narración con sus hechos, con su heroísmo y hasta con su crueldad. Vemos en estos capítulos incipientes las maniobras y la arrogancia de los realistas fanáticos, el influjo todopoderoso y las artimañas de los frailes y ministros